

# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas.

(Angel Rodriguez Chaves.)



—Soy amante devoto del pasado.  
Sería mi ideal  
vivir un par de siglos atrasado,  
sin telégrafo, trenes ni alumbrado,  
¡pero... bajo un gobierno federal!

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Á un abonado sonoro, por Juan Pérez Zúñiga.—En otoño, por Eduardo Bustillo.—Palique, por Clarín.—San Roque y Compañía, por Eduardo de Palacio.—Las tertulias, por M. Ossorio y Bernard.—Los criminales, por Rafael Torromé.—Menudencias.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Ángel Rodríguez Chaves).—Reflexiones.—Velocipedia (siete viñetas), por Cilla.



# DE TODO UN POCO

Á SÁNCHEZ DE LEÓN

¿Conque Guatemala, mi querido Enrique? ¿Conque te vas al otro mundo? ¿Conque nos abandonas? Haces bien; aquí no se puede vivir.

El que no es hombre político vese obligado á arrastrar una existencia preñada de sinsabores; y eso que tú, á Dios gracias,

no te has visto aún en el duro trance de no poder pagar al casero.

Aquí los únicos que viven bien son los que se agarran á los faldones de los ministros, ó abren una tienda de comestibles, ó se casan con una heredera rica.

Los demás...

Aquí me tienes á mí, dándole á la pluma incesantemente, estrujando la imaginación para llenar cuartillas, tomando café puro para excitar el cerebro y pasando horas y horas delante de la mesa, con los pies envueltos en una manta, á fin de evitar la congelación de la sangre; y ¿sabes lo que saco? Pues unos cuantos duros al mes y muchísimos dolores de cabeza todos los días.

Llevo muchos años escribiendo artículos en casi todos los periódicos de la Península é islas adyacentes, y todavía no he podido nivelar mi presupuesto.

Todos los meses ¡ya se sabe! me faltan 25 duros para poder pagar mis obligaciones. ¿Qué más? Hace seis años que deseo comprar un impermeable con capucha. Pues ésta es la hora en que no he podido realizar mi inocente deseo.

En cierta ocasión me regalaron un loro que era una notabilidad: nos conocía á todos; nos daba la patita, cantaba la jota del *Dío de la Africana* y sabía hacer cadeneta... Pues tuve que comérmelo, por no poderle mantener.

Y cuenta que yo soy de los escritores que más dinero le sacan á la profesión, porque tengo muchos periódicos donde publicar artículos, aunque éstos sean rematados.

Hay muchos compañeros míos que con un talento superior y una actividad prodigiosa y un deseo muy grande de mantener á la familia, andan por ahí pisando con el contrafuerte; el bolsillo lleno de cuartillas y el estómago exhausto de alimentos.

Alguno puedo citar que ha renunciado á la literatura para poner casa de huéspedes, y se ve obligado á hacer las camas y á servir el chocolate á sus pupilos.

El otro día tuvo una cuestión con un beneficiado de Briviesca, que le había tomado el gabinete, y se vió en la necesidad de echarle de casa.

—Yo pago mi habitación para hacer lo que quiera—decía el presbítero.

—No puedo consentir que se siente usted en la mesa—replícabala el escritor.

—Es que me gusta tener las piernas colgando.

—Pues yo no lo permito, porque se puede romper la mesa.

—¡Que se rompa! ¡Para eso pago!

Es bien triste tener que soportar las impertinencias de los huéspedes, como le pasa á mi colega, y sufrir los insultos de

las vendedoras, que le dicen siempre que el pobrecillo sale á comprar por las mañanas:

—¡El demonio del señorito! ¡Pues no me ofrece 20 céntimos por una coliflor!

—No le doy á usted más.

—Pues coma usted alpiste, tío canillitas.

—¡Grosera!

—¡Cursi!

—¡Indecente!

—¡Chato!

Si, querido Enrique, vete á América, que esto se está poniendo cada vez peor. Ya ves cómo están los teatros; ya ves cómo está el arte y las letras y la industria y el salchichón, que hasta lo falsifican.

Á cada paso se descubre un matadero clandestino, donde se hacen butifarras con carne de muía histórica ó de caballo tuberculoso.

El otro día supimos con asombro varios comensales de un baquete que habíamos comido salchichón de perro de lanas, y hasta llegaron á decirme que las chuletas que nos habían servido procedían de un sastre, muerto de un catarro pulmonar. Esto me parece exagerado, pero lo creo posible, dado lo mucho que aquí se falsifica y la escasa conciencia de nuestros industriales.

Yo de buena gana me iría á América también; pero no puedo. Tengo un tío que está para morirse desde Junio del año pasado, y no acaba de exhalar el postrer aliento. Si me voy y expira en mi ausencia, es posible que no me deje nada.

Yo le digo todos los días:

—Tío, ¡va usted á estar así mucho tiempo! (No decía usted la otra noche que se iba á morir?... ¿Dónde tiene usted la llave de la caja, por si acaso?)

Pero él se hace el sueco y vive meses y meses, con gran disgusto de toda la familia.

Dicho se está que en cuanto se muera el tío, no vuelvo á coger la pluma, como no sea para escribir cartas á Becerra el día de su santo.

No dudo que tú consigas honra y provecho en Guatemala. Aquél es un gran país, según dicen cuantos le conocen. Allí se rinde culto al arte, y los que van al teatro compran las entradas. No pasa lo que aquí, que todos queremos entrar de balde.

Y si no, ahí está Sarah Bernhardt.

No ha hecho más que anunciarse en el Teatro de la Princesa, y se han desencadenado las peticiones. Uno le pide butaca porque dice ser autor de obras; otro cree tener derecho á localidad gratis por haberse educado en París al lado de una tía titiritera; otro solicita un palco, fundándose en que es pariente de un afilador francés.

Aquí continúa imperando el sistema del favor para casi todas las cosas de la vida: unos piden billetes gratis para los teatros; otros artículos de balde para los periódicos; otros cuadros, otros fotografías...

En fin, que no hay quien levante cabeza si ha de vivir del arte, y lo mejor es irse á lejanas tierras como haces tú, mi querido Enrique.

Aplaudo tu resolución, te bendigo y te abrazo...

¡Hasta la vuelta!

Luis Taboada.

\*

## Á UN ABONADO SONORO

Han llegado hace tres horas á mis manos pecadoras cincuenta líneas firmadas por unas cuantas señoras que están al Real abonadas.

Y prescindiendo de mi semanal composición, las voy á copiar aquí. Ello es una exposición que á la letra dice así:

«Señor don Ramón Souté. Perdone estas libertades á las que suscriben, que ocupan localidades cercanas á la de usted,

y no pueden resistir que usted en lugar de escuchar, se ocupe sólo en dormir y nada les deje oír con su continuo roncar.

¿Es acaso divertido que cuando está la Darclee filando un sí sostenido se oiga en la sala un ronquido por obra y gracia de usted?

¿Tanto trabajo le cuesta no ir á roncar al teatro? ¿Por qué no duerme la siesta? (Si como usted hubiera cuatro, no hacía falta la orquesta)

Paga usted el abono en vano,  
 Cree usted que no le conviene  
 irse á la cama temprano?  
 Pues á la edad que usted tiene  
 resulta mucho más sano.  
 Quédese usted, por favor,  
 con su esposa, que es muy bella.  
 Ella le dará su amor...  
 y siempre será mejor  
 que la moleste usted á ella.  
 Si le rogamos á usted  
 que cese en su loco empeño  
 de ir al teatro, ó bien que  
 tome un cubo de café  
 á fin de espantar el sueño.  
 ¿Que no tenemos razón  
 y en ir á roncar se obstina?  
 Pues lleve usted á la función  
 en la nariz un tapón  
 ó ronque usted con sordina,

pues roncar de otra manera  
 nuestra protesta merece.  
 ¡Si eso le irrita á cualquiera!  
 ¡Si ronca usted que parecen  
 que está serrando maderal  
 No son exageraciones.  
 ¡Si da usted ronquidos tales  
 que en algunas ocasiones  
 domina usted á los trombones  
 y acovica usted á los timbales!  
 No vuelva usted á las andadas  
 en las noches venideras,  
 y así verá usted calmadas  
 á sus pobres compañeras  
 las antiguas ahonadas.  
 Ed. arizis Calderón,  
 la marquesa del Porrón,  
 la condesa del Serrín,  
 Filomena Camarín  
 y Adelina Camarón.

Juan Pérez Zúñiga.

REFLEXIONES



En otoño.

El garzo ya tan frías  
 las alas del otoño;  
 las hojas de los árboles  
 se arañan por el polvo,  
 y los que en Pantivosa  
 buscan una vida á sarbios,  
 del Gudarrama tiemblan  
 el imitable soplo.  
 Ha caído el Ángel Cató  
 la gente de buen tono  
 y augurios del gran mundo

pasan de él en torno,  
 y alguna en su carruaje  
 suele mostrar asomo  
 de aquel libro precado  
 que hizo caer al otro.  
 El Real abre sus puertas  
 con un brillante abanico  
 de palcos sin estuches  
 de joyas y de adornos,  
 y allí, en franco desdoro,

la dama de alto bordo  
 descubre alhajadas  
 que apenas vió el esposo.  
 Los ecos se apagaron  
 de aquellos alborotos  
 que armaba el pueblo en tardes  
 espléndidas de toros;  
 y en todas las esquinas  
 se anunciarán muy pronto,  
 en vez de las del Guerra,  
 proezas del Tenorio.  
 Este inocente pueblo  
 ve al héroe con asombro,  
 aunque con gritos bárbaros  
 se lo destroce el cómico.  
 Y aplaude al asesino  
 y su banquete exótico,  
 y la amorosa plática

y el fúnebre responso.  
 A este pueblo sencillo  
 aún le parecen pocos  
 los doce coliseos  
 que en él buscan apoyo.  
 Género chico en unos,  
 género grande en otros,  
 y él no tiene dinero  
 para que vivan todos.  
 Que este pueblo inocente,  
 entrado en el otoño,  
 tras los pasados gastos,  
 derrotas de los toros,  
 piensa en que ya la Pascua  
 reclama algún ahorro  
 por mor de aquel fantástico  
 drama del premio gordo.

Eduardo Bustillo.

Palique.

Con esto de la guerra y el rosario de la Aurora y la libertad del obispo de Barcelona y las teorías del Sr. Boado acerca de la hegemonía cerebral (á lo menos en el ramo de marina), estamos todos que no sabemos dónde tenemos la cabeza; y así, se escriben cosas como las que van ustedes á ver.

Una de las plumas mejor cortadas (metáfora del tiempo de Iturzaeta) con que se honra la literatura española escribía pocos días hace en un periódico de los más notables:

«El casino de San Sebastián no sólo es uno de los mejores de España, sino también uno de los mejores de Francia...»

No puede ser. Es así que el casino de San Sebastián no es de Francia... luego no puede ser uno de los mejores casinos franceses.

¡Lógica! ¡Lógica! ¡No nos aturdamos! ¡Las circunstancias son difíciles... pero no perdamos la sangre fría ni el sentido común.

La Epoca, cuyo patriotismo, alarmado con eso de las beligerancias, la tiene en un estado constante de excitación, ha perdido por completo la brújula, ó por lo menos el calendario.

Hablando de un naufragio el día dos de Octubre, decía que se debía la desgracia á ciertas nieblas que eran «nuncio de la proximidad del equinoccio».

De modo que para La Epoca el equinoccio, que es cosa del 22 de Septiembre, todavía estaba mandando nuncios de su proximidad, en forma de nieblas, el día 2 de Octubre.

Con ese sistema de cómputo se explica que el obispo de Barcelona se crea en los tiempos de Gregorio VII.

Si La Epoca sigue viviendo hacia atrás, pronto llegará al día en que aplaudió la revolución de Septiembre ¡Y qué dirá Cánovas!

Y sigue La Epoca: «Afortunadamente no hubo pérdida de vidas, excepto las de dos marineros».

Si la muerte de una persona es una excepción de la vida de otras, resulta que desde Adam acá todavía no se ha muerto nadie... excepto los difuntos.

Y concluye La Epoca afirmando que al naufragio, debido á una acción, no es accidente ni caso fortuito.

Vamos, será una jugarreta de la Providencia.

Si no es caso fortuito un naufragio debido á una tempestad, hay que procesar al que tiene la caja de los truenos.

¡Ay de Neptuno si á Berlinger se le pone entre ceja y ceja!

También El Liberal está que no sabe lo que se dice con esto de las calamidades públicas.

Con motivo de pintarnos cómo viven los pobres, se mete el colega en una locomotora y nos describe la máquina... nerviosa, inquieta, cruzando puentes (descarrilamiento seguro; tren que en vez de pasar por el puente lo cruza... se va al río ¡naturalmente! Fijese El Liberal: el puente cruza el río, y el tren, por el puente, cruza el río también; pero el tren no cruza el puente). «Y es todopoderosa, y lo consigue todo.» ¡Claro, si es todopoderosa!

Y sigue El Liberal: «Cuando queráis unir en una comprensión total de todo...»

¡Total de todo? Muy bien. ¡Y después dirá Cánovas que no hace falta un gobierno nacional! Cuando los periódicos de mayor circulación de España circulan con esos totales de todo, el país no está bueno, indudablemente.

Y no crean ustedes que estas cosas son de Arimón. No; Ari-

VELOCIPEDIA



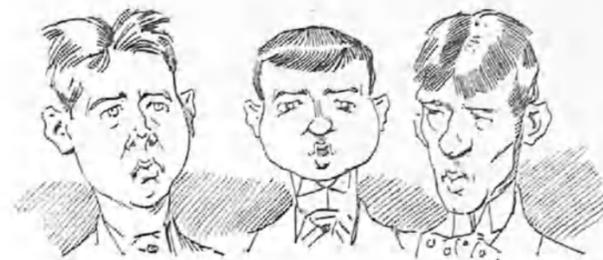
Los que aborrecen la bicicleta con toda su alma.



-Si yo tuviera una máquina, unas medias listadas y una pantorrillas... (con que gusto iría llamando la atención por las calles!



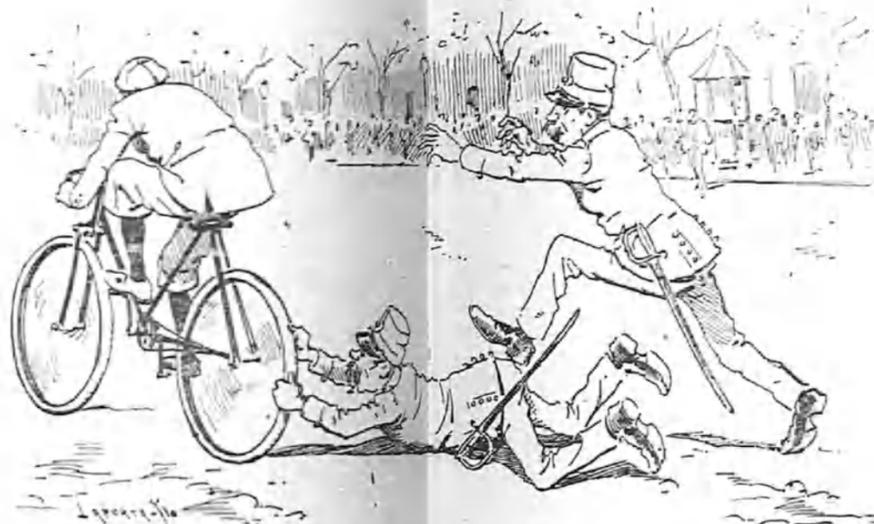
-Entre el pedal de la bicicleta y el de la máquina de coser, me quedo con el de la bicicleta, que siquiera no la denigra a una tanto!...



Los que aman la bicicleta sobre todas las cosas.



-Yo te las he de ver...



-Eh! joven! alto á la autoridad, que no lleva usted chapa.



-Eh, eh? ¡Ya te las he visto!

món ahora viaja con iniciales, y no hace más que oraciones primeras de activa. Todavía no ha empezado su campaña de otoño y de invierno. Sin duda espera á que llegue el equinoccio de La Epoca, ó á que pase la estación de las lluvias de Martínez Campos.

Y á propósito del ilustre caudillo. Deben haberle oído mal los que ponen en su boca palabras que le hacen discurrir así: «Como el enemigo no se presenta en grandes masas y se esconde si vamos muchos juntos contra él, no habría manera de verle, si el ejército le ofreciera batalla con número considerable de tropas. De modo que, para ver á los insurrectos, hay que dividir nuestra fuerza en pequeños grupos, etc., etc.»

Lo malo, mi general, es que el espectáculo nos sale un poco caro; y que para verlo en esas condiciones, más vale no ver al enemigo.

Porque, si para que se decidan á pelear los contrarios hay que enviarles mil soldados que tengan que batirse contra tres mil, el sistema no nos tiene cuenta. Afortunadamente, hasta ahora, nuestros soldados siempre han sido héroes y han sabido salir victoriosos luchando uno contra cuatro, v. gr. Pero el heroísmo hace lo que la paciencia, se acaba. De modo que más seguro será no empeñarnos en pelear siempre en proporción

desventajosa tocante al número. Yo no niego el genio militar de Martínez Campos; pero algo me escama eso de que su táctica consista en hacer precisamente todo lo contrario de lo que hacía Napoleón.

Re onoceo que el genero de guerra solapada y subrepticia de los insurrectos tiene graves inconvenientes para las tropas regulares de la Metrópoli; pero de algo así ya se quejaban los romanos en tiempo de Antemio y de Ricimero, cuando los bárbaros hacían al Imperio una guerra por el estilo. Sidonio Apolinar nos dice por boca de Roma: «Dueños (los bárbaros) de evitar el combate, lo hacen eterno; y, fugitivos, parece que persiguen á su vencedors».

Lo mismo pasa en Cuba. Pero á Ricimero, y eso que también era bárbaro, no se le ocurría mandar ochocientos contra cuatro mil. Sería demasiado coto. Sobre todo, si no caía el pez.

Por lo demás, yo estoy conforme con los que dicen que Martínez Campos es irremplazable.

Lo cual en forma familiar puede expresarse diciendo que «otro Martínez Campos está por ver», ó de otro modo: «los nacidos no han visto otro Martínez Campos».

Siempre le he tenido por un general muy singular.

Clarín.

SAN ROQUE Y COMPANIA

Suele notarse en los pueblos, hablando sin agraviar, una mezcla inverosímil de salvajismo y piedad. Hay devotos que á la iglesia van solamente á rezar y á pedir de sus pecados el indulto general, ó que el Señor les ampare en alguna enfermedad, ó que les lleve en su día á la corte celestial; cosas, en fin, que un cristiano bien puede solicitar. Pero los hay peligrosos en el orden material, que van á pedir á Cristo alguna barbaridad, y, á falta de Dios, al santo patrono de su lugar. Hubo un San Roque en mi pueblo,

y presumo que aun le habrá, puesto que le conservaban haré un año ó poco más, que obraba muchos milagros, según la voz general. Vivía en el pueblo un punto que era una calamidad; se jugaba hasta el aliento y se bebía... la mar. Hallándose en un apuro, entró en la iglesia el barbián y, en rodillas y afligido, decía al pie del altar: «San Roque, santo glorioso, préstame una cantidad para tomar la revancha y no volver á jugar.» Y, compadecido el santo de aquella sinceridad, alargó con el bordón un bolsillo al perillán...

«¡Gracias, santo de mi vida!» dijo y se fué, sin parar, y perdió aquellos dineros lo mismo que el capital. Volvió de nuevo á la iglesia, volvió á gemir é implorar, y volvió á darle San Roque en otro bolsillo igual, sobre poco más ó menos, otra buena cantidad. Volvió á perder el devoto y se volvió á presentar. «San Roque, santo bendito, sálvame por caridad;

ánimate, santo hermoso, anda, que ya no va más.» Conque el santo, ya indignado, levantó el bordón y... ¡zas! le soltó en la coronilla, y no de Aragón, éde acá, un estacazo terrible y además azuzó al can, diciendo cuando salía á la carrera el truhán: «¡Á ésel ¡á ésel!»

Así lo cuentan las gentes de mi lugar.

Eduardo de Palacio.

Las tertulias.

Que el hombre es un animal sociable lo han dicho desde Linneo hasta mi amigo D. Lino, que nada tiene de naturalista. Pero lo que no va en lágrimas va en suspiros, y si D. Lino es incapaz de disertar científicamente sobre el tema en cues-

tión, en cambio lleva el principio á la práctica, convirtiendo su casa en tertulia permanente, en la que hacen los honores su esposa D.<sup>a</sup> Prúcula y tres hijas que, aunque en estado de merecer, no llevan trazas de alcanzar.

Ayer estuve á visitar á mis apreciables amigos, y aunque no fui acompañado de taquígrafos, puedo reproducir la conversación que tuvimos.

—¿Cuánto tiempo sin vernos! —me dijo amablemente doña Prúcula, tendiéndome la mano.

—Es natural. Desde que terminaron las tertulias del invierno, vivimos todas las familias incomunicadas —contesté yo.

—Eso será porque usted quiera, porque nosotros hemos seguido recibiendo todas las noches.

—¿Con lo cruales calores del verano!

—Precisamente por ellos, pues podíamos brindar á nuestras relaciones con esta casa, que es muy fresca... Piso bajo y vistas al Norte... Pues bien, al anochecer regábamos perfectamente los suelos, y después formábamos corro alrededor del botijo... Tertulia de absoluta confianza, en la que las señoras nos quedábamos en enaguas y los caballeros se ponían en calzoncillos.

—Pero, D.<sup>a</sup> Prúcula, ¿y la moral?

—¡Oh! No peligraba, porque para eso empezábamos por apagar la luz.

—Pues siento de veras... siento no haberlo sabido.

—Sin contar—dijo D. Lino—con que hemos tenido extraordinarios: el día de la Asunción, por ejemplo, fiesta de la niña mayor, tuvimos un gazpacho monumental... ¡Como que hubo que prepararlo en la bañera de los pies!

—¿Han debido ser unas tertulias muy agradables!

—En Córdoba—dijo Asunción, la mayor de las niñas,—teníamos las tertulias en la fuente del patio. Nos metíamos todos en el pilón, con ropas que tuvieran poco que perder, y después soltábamos el caño... Un poeta de la capital nos llamaba las *náyades*, que parece fueron en los antiguos unas ninfas acuáticas.

—Ahora siento doblemente no haber conocido á ustedes en Córdoba.

—Pero al menos—dijo D. Lino—espero que no faltará usted á nuestras tertulias de entretimiento.

—¡Ah! Como las telas.

—Son muy divertidas, gracias á lo variable del clima de Madrid... Como que á veces las empezamos con todos los balcones abiertos, en mangas de camisa y abanicándonos, y las acabamos al amor de la lumbre y rodeando á la camilla familiar. Este año he alquilado, en S<sup>o</sup> reales mensuales, un piano, para que lo toque mi mujer, que aún recuerda algo, y nos ha prometido venir á acompañarla con un acordeón el dependiente principal de la tienda de sedas, que ahora nos ha cohrado mucha afición, sobre todo á Jesusita.

Jesusita, que es la segunda de las hijas, intentó ruborizarse por creerlo de gran oportunidad.

—¿Qué cosas tienes, papá!

—¡Oh!—dijo á mi vez—nada tiene de particular que haya usted interesado á ese joven del acordeón; y crea que, si no fuese viejo, aún habríamos de vernos las caras el dependiente de la tienda de sedas y yo.

—Después—dijo la más pequeña de las niñas—llegarán las tertulias del invierno, que son las que me gustan más.

—Y este año—dijo la madre—habrá novedades.

—¿Cuenta usted! ¿cuenta usted!

—Pues jugaremos al caliente-manos; encenderemos la chimenea, porque con el derribo de al lado papá se traía una viga cada vez que entraba en casa, y estamos muy bien de leña.

—Leña que también nos servirá para templar el agasajo interrumpió el marido.

—Contigo no puede haber sorpresas —exclamó enojada doña Prúcula.—Pero no vaya usted á creer—prosiguió dirigiéndose á mí—que es cosa del otro jueves. Un poco de agua de brea y cocimiento de flor de malva.

—Al lado de ustedes no habrá constipado posible, y me prometo curarme los míos en compañía tan agradable. Y ¿asistirá mucha gente?

—No... Nosotros, en primer término.

—Es natural.

—Después, el joven del acordeón.

—Naturalísimo.

—Vendrá también la viuda de Rabanaque, que vive en el número 3... Ya la conocerá usted... una señora gruesa, para la que resultan inútiles todos los botones y ojales del corpiño, lo mismo en verano que en invierno.

—Sí—dijo el marido intentando un chiste;—una partidaria de la enseñanza libre.

—Si los hombres—dijo severamente D.<sup>a</sup> Prúcula—no mirasen lo que no deben, es posible que hubiera menos descotes en el mundo.

—¿Y quién más?—pregunté para cortar aquella conversación que amenazaba tomar peligrosos derroteros.

Pues vendrá el matrimonio Pérez: una pareja excelente. Ella se pasa las mañanas en las iglesias cerca de los confesionarios, para averiguar lo que dicen otras pecadoras, y él no sale de los corros de la calle de Sevilla para enterarse de las debilidades de las actrices y de los compromisos de los empresarios. Vendrá también un jubilado de Hacienda, bien conservado y muy alegre, que siempre está consultando con Asunción el asunto de su matrimonio.

—¿Con Asunción?

—Naturalmente, y no hay en contra del mismo más que una pequeña duda.

—¿Y es?

—Que los que se casan después de los sesenta años no dejan viudedad á sus mujeres... y que en Hacienda no suelen jubilar á nadie hasta que se cumplen los sesenta y cinco.

—¿Pero casar á Asuncioncita con un viejo! dijo á media voz á la madre.—Yo la suponia en amores con un teniente de Administración militar.

—Y lo están—me contestó D.<sup>a</sup> Prúcula con admirable sencillez;—pero él es el primero que la aconseja aquel matrimonio.

—Ya voy comprendiendo.

También bajan las muchachas del tercero, que bailan sevillanas, el señor chato del segundo, que hace jugos de manos con mucha gracia, y otra familia que nos debe dinero y quiere debernos más. Las tertulias son un excelente recurso para estrechar relaciones y cambiar ideas é intereses. Yo, crea usted que me moría si me viera encerrada en una celda y sin poder hablar. ¡Conque no faltará usted á nuestras tertulias de entretimiento?

—No faltará á ninguna. ¡Pues apenas me ofrece encantos la amable conversación de usted y el acordeón bien tocado!

Y con esto me despedí de D. Lino, su esposa é hijas, sintiendo sólo haber perdido las tertulias de verano y el gazpacho del día de la Virgen.

M. Doreo y Bernard.

Los criminales.

(TRAFIA)

Un ministro de Hacienda pasaba el día en el trabajo rudo y arduo de introducir medida y economía en las varias secciones del presupuesto.

Le estaba prohibido tocar la armada, el ejército, el clero, los tribunales, el cupón de la deuda consolidada, los haberes pasivos y los reales.

Y en labor tan difícil y trabajosa conseguía el ministro de su fortuna, porque la economía le era forzosa.

No padecía tampoco excesivos ingresos ni formar más los cargos y los sueldos, para salir del paso libró á los presos y suprimió las adicciones y los predios.

Mas temiendo que gente tan desalmada hiciera por doquiera terribles males, los desterró á una isla deshabitada, poblándola tan sólo de criminales.

Allí fueron los vagos, la gente ociosa, ratones, hormigas, estafadores, las mujeres de vida pecaminosa, asesinos, rufianes y timadores.

Pero cuando se vieron los presidiarios dueños de aquel terreno tan excelente y, al fin, aburguesados y propietarios, cambiaron sus instintos radicalmente.

Castigaron los robos y liviandades con las más afrentosas y duras penas, y cultivaron todas sus propiedades.

Las mujeres livianas, cuando encontraron en un hogar tranquila vida apacible, al amor de sus hijos se consagraron; que la virtud atrae... cuando es posible.

Nuestra madre es la tierra... guarda en su seno los eternos alivios de nuestros males, y ella, que en tiernas flores envuelve el crimen, trocó en hombres honrados los criminales.

.....

Cuando supo el ministro que aquella gente lograba á muy buen precio vender sus frutos, y que vivían todos holgadamente sin padecer gobierno, ley, ni tributos,

les mandó diez vapores con delegados, guardias, frailes, ediles, gubernadores, alcaldes, militares, comisionados, agentes subsidiarios y cobradores.

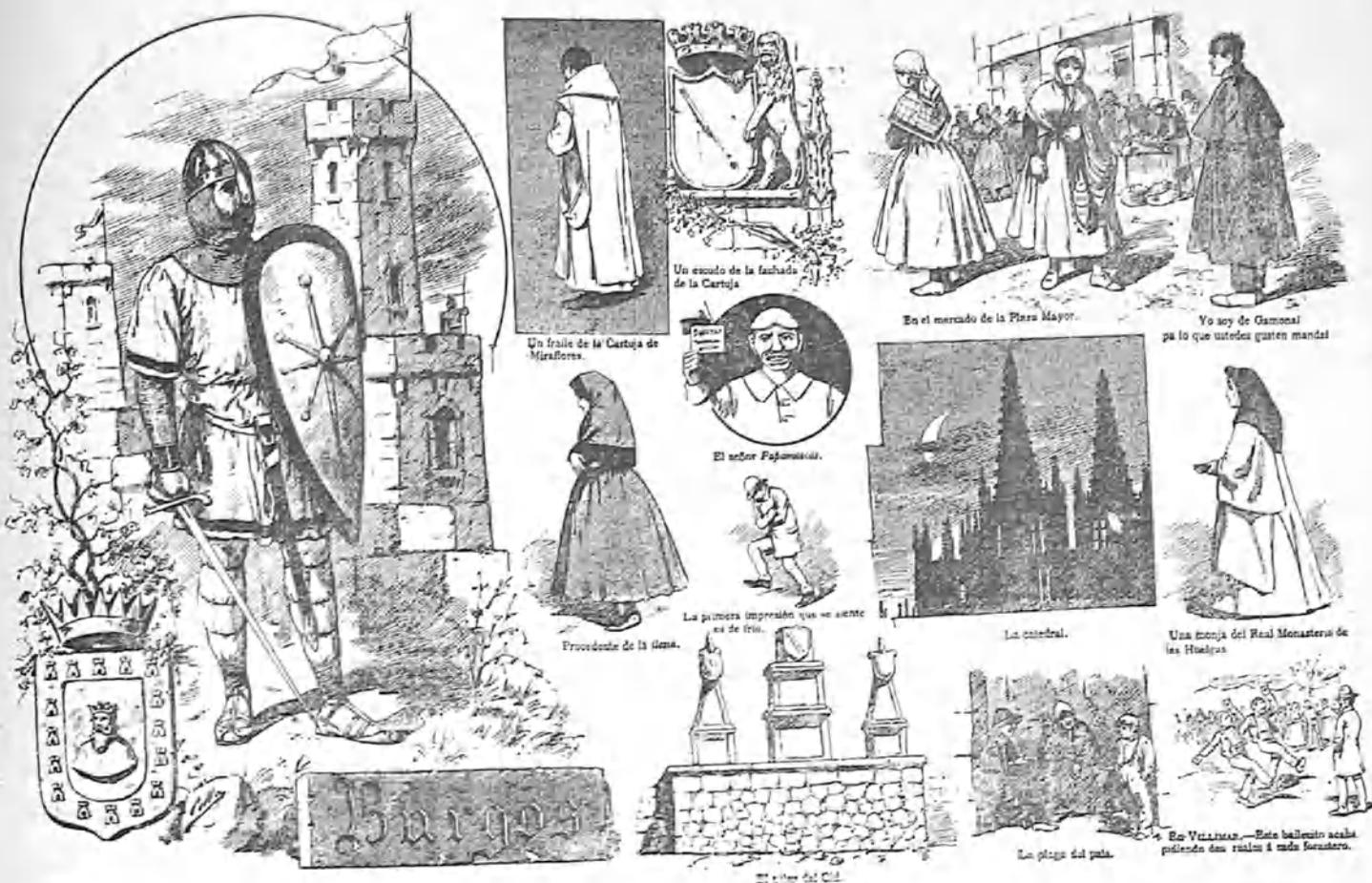
Al saber los isleños que hacia su tierra tan feroz avalancha se aproximaba, contra ella se alzaron en son de guerra por librarse del daño que amenazaba.

Y prorumpieron todos con voz doliente, porque ya presagiaban terribles males.

—¿Como aquí desembarcar toda esa gente, nos casen en dos meses los criminales

Rafael Corrales.

ESPAÑA CÓMICA.



MENUDENCIAS

Si, como asegura un vate cuyo nombre no recuerdo, son tus dos ojos *dos soles* y un *gran volcán* es tu pecho y tus mejillas son *ascuas* y tus labios son de *fuego*... ¿qué extraño es que diga á todos tu pobre marido Alfredo que estar contigo equivale á estar *en el mismo infierno*?...

No ha mucho el vate Landia dedicó una oda á su amada y aunque la tal... *poesía* no tiene de buena nada, *ella* la encontró preciosa y de gracia y sal repleta... y se hizo del vate esposa creyéndole un gran poeta...

Y como se llama *Gloria* y es *colosal* su estatura y su *riqueza* notoria y no *casca* su *gordura*, hoy dice á todos Landia (y, la verdad, es un hecho) que debe á la *poesía* mucha *gloria* y *gran provecho*.

JULIO ROMERO GARMENDIA.

¡Si será mi suerte mala, que las guapas me desprecian y las feas me hacen caral!

Algo debe tener el matrimonio que es obra del demonio, pues todas las mujeres, guapas ó feas, gordas ó delgadas, gustan más que solteras de casadas, pero lo que es la propia ¡que si quieres!

FEDERICO CANALEJAS.

Yo tenía un duro; jugué y lo he perdido.

¡Á la cara me sale el coraje que tengo escondido!

Si yo llamase á mi niña y entraria en Madrid quisiera, me costaria su entrada una porción de pesetas. Porque, al verla, de seguro me dirian *los de puertas*: —Compadre, á pagar impuesto como el reglamento ordena, que la canela lo paga y eso que trae... ¡es canela!

Si cada vez que á Severo se le pega Marcelina se fuese á pique un crucero... ¡no tendríamos marina!

Cuando yo era un chiquillo todavía, una viuda muy guapa que vivía al lado de mi casa, en un tercero, siempre que me encontraba, me decía: —Rico, sol, ven aquí. ¡Cuánto te quiero!... Aunque ya de los veinte mi edad pasa, debo seguir para ella siendo un chico, porque anoche pasé frente á su casa y me volvió á decir:—¡Ven aquí, rico!

ALBERTO CASARAL SHAKERY.

Puede querer un hombre á dos mujeres, á diez, á veinte, á ciento, y sentir á la vez por todas ellas fatigas y deseos; pero aseguran todos que es un crimen imperdonable, horrendo, que una mujer cualquiera se enamore de dos hombres á un tiempo.

Llegar al fin es quitar á la pasión su atractivo, puesto que el goce más vivo es el ansia de gozar.

Has de saber ¡oh Justol  
que cuando escribas un soneto «á ellas»,  
si la doncella es lista y de buen gusto,  
perderás el soneto y la doncella.

SINERIO DELGADO.

**CORRESPONDENCIA PARTICULAR**

*Capitán Pantalla.*—En cada cosita de esas  
hay un verso mal medido.  
¡Se conoce que es la marca  
de fábrica que ha escogido!

*Rápido.*—Lo único que no es una vulgaridad es lo de la plancha... domo;  
pero resulta demasiado atrevido el retrucano.

Sr. D. A. F.—Siento no poder complacerle, pero ¡ay! ¡bien sabe Dios  
que no está bien versificada!

*Un cesante.*—Sin novedad, gracias á Dios, pero fluido... ¡vaya si es fluido!  
En fin, voy á publicárselo á usted para animarle.

«Con reproches diversos  
¡niña serrana!  
me pediste unos versos  
esta mañana.  
De la osadía  
eso es el colmo  
yo que tú... le pedía  
peras al olmo!»

Sr. D. P. R. S.—No está mal hecho precisamente, no, señor; pero eso  
poquito se ha dicho diez millones de veces de diez millones de maneras.

*Gado Mora.*—En cuanto al fondo, digo á usted lo que al anterior. La  
forma está un tantico descuidada.

Sr. D. P. R.—También es muy vulgar la idea. Y lo de *potrò* es un ripio  
muy grande. Porque no suele llamarse *potros* á los amigos... aunque haya  
que aconsonantar con *otro*.

P. K. y *Ess.*—La de *Ess* podría pasar si no fuera porque carece de no-  
vedad y de gracia. La de P. K. está mal versificada además. Porque no me  
negará nadie que á los versos

«El otro día me atreví»

«Días pasados que en su apuro»

les sobra á cada uno una sílaba. Porque la palabra *día* tiene dos.

*Cansaco.*—Es un lástima que no haya usted pulido las frases forzadas,  
los versos duros y los ripios que, de tarde en tarde, asoman en la compo-  
sición. Porque la idea no es mala.

*Fray Atila.*—Bien medidos están los versos, pero eso no basta. Hay  
que decir en ellos algo más que se va uno quedando viejo... sin filosofía  
de ninguna clase.

*Gertrudis, María y Mercedes.*—Burloncicas me son ustedes, ¡caramba!  
«Tan aficionada es  
al esdrújulo prolijo...»

¡Esdrújulo prolijo! ¡El ripio más grande que me he echado á la cara! Y  
cuidado que los he visto gordos...

P. Pino.—No encuentro ninguna aprovechable. Y hoy me hubiera ve-  
nido perfectamente.

*El peor del montón.*—Eso es lo que debe usted evitar, ser del montón...  
que imita á López Silva. Porque de cien veces, noventa y nueve sale mal eso.

*Wanderbraf.*—Pero el que no esté en antecedentes ¿cómo va á enterar-  
se de lo que significa?

Sr. D. E. P.—Digo á usted exactamente lo mismo que á *El peor del  
montón*. Llevan ustedes mucha desventaja con el sistema.

*Quisiera ser.*—Los versos á la chica  
de la portera  
son de los que sin ganas  
hace cualquiera.

Sr. D. M. P.—Escribe usted bien, pero no son de la índole del periódic-  
o. Aquí se necesitan cosas más ligeras. El epigrama, única cosa aprove-  
chable, peca de picante.

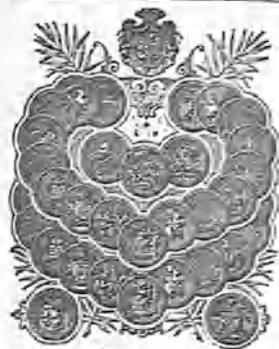
*El triste de la selva.*—No es posible hacer un madrigal en peores ver-  
sos. Como se demuestra del modo siguiente:

«¡Hay! cuando en las noches de estío  
siento los mosquitos volar  
viene tu recuerdo bien mío  
todá mi dicha á turbar.»

Eso es lo que se llama un madrigal... de las altas torres.

*Dos golfos.*—¿Otro soneto del antiguo sistema? *Non pariter.*

Sr. D. E. E.—Los cantares son simplemente piropos sin consecuencias.  
Buenos... para dichos al pie de la reja del objeto amado.



**COGNACS**

Puros de vino garantizados  
Elaboraciones y soleras desde 1887

**GRAN DESTILERÍA** SISTEMA A VAPOR CHARENTAIS  
7 Grandes Medallas de Oro; 35 Medallas y Diplomas.

**BARCELÓ Y TORRES**  
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA  
Fíase en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

Con el fin de que en España  
pobres y ricos disfruten,  
á precio tan vil que extraña  
se dan las sopas de *gluten*.

LIBERALE Y CALVENTE  
Fábrica: Trafalgar, 9.  
Venta: principales Ultramarinos.

**GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS**  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA—MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA

**COMPañía COLONIAL**

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYO, 18 Y 20  
MADRID

**MADRID CÓMICO**

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50  
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el  
extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se  
acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus  
pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos  
de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á  
fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfac-  
cho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis  
Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.